

Sexto Domingo de Pascua - Ciclo A

San Bernardo

Quienes hallan consolación en la memoria de Dios se muestran más idóneos para amarle

Pero interesa saber quiénes hallan consuelo en la recordación de Dios. Pues no son de la generación perversa, que irrita al Señor y a la que se dice: *¡Ay de vosotros, ricos, que ya tenéis vuestra consolación!*, sino la que puede con verdad decir: *Rehusó mi alma ser consolada*. A ésta sí que la creemos si añade lo siguiente: *Me acordé de Dios y me deleité*. Justo es que, no gozando aún de la presencia, tengan siquiera la memoria; y que, pues desdeñan los consuelos que pueden conseguir del torrente de estas cosas percederas, se consuelen recordando las eternas. Esta es la generación de los que buscan al Señor, que buscan la faz del Dios de Jacob y no su propio interés. Pues a estos que buscan la presencia del Señor y suspiran por ella, presto les acude su memoria con suavidades de consuelo, no ya dándoles plena satisfacción, sino enamorándolos más y más, acuciándolos con más vivos deseos y encendiéndolos en más voraces hambres, para verse luego saciados del todo. Esto mismo atestigua de sí el que se da a sí mismo por manjar: *Quien me come, todavía sentirá hambre*. Y así, uno que ya se alimentó comiéndole, exclama: *Me saciaré cuando se me apareciere tu gloria*. Pero bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque día vendrá en que ellos, y no otros, se verán hartos y colmados. Y, en cambio, ¡ay de ti, generación depravada y perversa! ¡Ay de ti, pueblo insensato y necio, que hallas fastidio en la memoria de Dios y temes que un día te sea presente! Razón tienes para temer, pues ya que no quieres salir ahora de los lazos de los cazadores, *pues los que quieren hacerse ricos en este siglo caen en los lazos del diablo*, tampoco podréis evitar después aquella voz áspera. ¡Oh palabra áspera, oh frase dura!: *Id, malditos, al fuego eterno*. Más áspera ciertamente y más dura que aquella otra que se oye a diario en la Iglesia, recordando la pasión: *Quien come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente*. O sea, el que trae de continuo en su memoria mi muerte y como yo mortifica sus miembros aquí en la tierra, alcanzará vida eterna; .o sea: si padecéis conmigo, reinaréis conmigo.

Y, con todo, muchos son en nuestros días los que, oyendo esta voz, la rechazan y dejan de practicar lo que les aconseja, y responden, si no de palabra, con los hechos, que todavía valen más: *Duro es este*

hablar, y ¿quién podrá oírlo? Así, los hombres que no conservan su corazón recto y puro ni son fieles a Dios, antes cifran todas sus esperanzas en lo incierto de las riquezas, enójanse oyendo hablar de la cruz y tienen por pesado el recuerdo de la pasión. Pero ¿cómo podrán sostener el peso de estas terribles palabras que habrán de oír: *Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles?* Aplastará esta roca a aquel sobre quien cayere. Y, en cambio, la generación de los justos será bendita, pues ellos, con el Apóstol, *tanto en la ausencia como en la presencia, no buscan sino agradar a Dios.* Por eso oirán en su boca: *Venid, benditos de mi Padre...* Entonces será cuando los impíos, que pertenecen a la generación aquella que no llevó su corazón por recto camino, verán, aunque, desgraciadamente, ya tarde, cuán dulce era el yugo de Cristo y cuán liviana su carga, comparada con el presente dolor, y cuán desastrosamente la rechazaron ellos como si se tratara de pesadísimo fardo y de yugo insoportable, oponiéndole con soberbia su rebelde cerviz. No podéis, no, míseros esclavos del oro, gloriaron con la cruz de nuestro Señor Jesucristo y cifrar toda vuestra esperanza en las riquezas; no podéis correr desalados tras el dinero y gustar a la vez cuán suave es el Señor. Por eso, ya que no le sentís amoroso y dulce en el recuerdo, le hallaréis sin duda áspero cuando sintáis su presencia.

Por lo demás, el alma del justo suspira con grandes ansias por la presencia, y suavemente descansa con la memoria; y hasta que se le conceda contemplarle cara a cara, se gloria con las ignominias de la cruz. Así, así es como la Esposa, la Paloma de Cristo, descansa entre tanto y reposa en medio de los bienes que le han tocado por herencia, y goza ya en el tiempo presente de la memoria de tu abundante suavidad, Señor Jesús, habiendo alcanzado por esta memoria conservar sus alas como de plata, o sea blancas por el candor de la inocencia y la pureza. Amén de lo cual espera ser colmada de alegría al ver tu cara, cuando también se tiñan de palidez de oro sus espaldas, cuando, introducida en los resplandores de tu templo con júbilo, fuere ilustrada más plenamente con fulgores de sabiduría. Por eso con razón se gloria ya ahora y dice: *Pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza, y con su derecha me abrazará.* Por la mano izquierda puédesse entender el recuerdo de este amor del Esposo, en cuya comparación ningún otro amor representa nada, pues él le hizo dar la vida por sus amigos; por la derecha, empero, se puede figurar la visión beatífica que prometió a sus mismos amigos y la alegría con que se embriagarán cuando gocen de esta deífica visión, y aquel sumo e inenarrable deleite de que se verán inundados con la divina presencia, pues de ella se canta también deleitablemente : *En tu diestra goces hasta el fin.* Con razón se coloca en la siniestra aquella memorable y recordada dilección, para que siempre sobre él descansa

y repose la Esposa mientras pasa la iniquidad.

Con razón la mano izquierda del Esposo sostiene la cabeza de la Esposa para que ella se confíe y descansa en él, lo cual es propio de la cabeza, o sea, para que la atención de su alma no se incline hacia los deseos carnales del siglo, porque el cuerpo corruptible que la envuelve pesa sobre ella y hácela decaer de los altos pensamientos a que no puede menos de elevarse en considerando, no sólo la gran e inmerecida misericordia que se le hace, sino también amor tan probado y gratuito, dignación tan inesperada, mansedumbre tan invicta, dulcedumbre tan estupenda. Todo esto diligentemente considerado, ¿cómo no conmoverá al alma y la librará de cualquier perversa afición, y la arrebatará por maravilloso modo, y la encenderá vivamente, y la hará despreciar todo aquello que no se puede apetecer sin menosprecio de estas cosas? Por eso, tras el buen olor de estos ungüentos corre la Esposa contenta, ama con ardor; y viéndose amada con tal fineza de amor, piensa que nunca ama bastante, aun consumiéndose toda en amor. Y no sin motivo; porque ¿cuándo y de qué manera ese polvillo podrá pagar bastantemente amor tan inmenso y venido de tan alto, aun cuando se dé toda al amor? ¿No se le anticipó la Majestad, y no la ve del todo dedicada a la obra de su salvación?*En fin, de tal modo amó Dios al mundo, que le dió a su Unigénito.* Esto dícese, sin duda, del Padre. Y sin duda que dice del Hijo: *Entregó su alma a la muerte.* Y dice también del Espíritu Santo: *El Paráclito, que os enviará mi Padre, en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os sugerirá cuanto yo os dije.* Amanos, pues, Dios, y nos ama con todo su ser, pues nos ama toda la Trinidad, si todo cabe decirlo del Ser infinito e incomprensible, aunque ciertamente simple.

(Tomado de Obras de San Bernardo, BAC, pag 1381- 1384).